

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº
515

25
cts

BARBARA / TANWYCK

MARIE PREVOST
RALPH GRAVES

MUJERES LIGERAS

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año X

BARCELONA

N.º 515

Mujeres ligeras

Interesante asunto, interpretado por
Barbara Stanwyck, Marie Prevost,
Ralph Graves, etc.



Producción COLUMBIA

Exclusiva de

Renacimiento Films

Barcelona: Aragón, 219

Madrid: San Marcos, 42

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

FÉLIX DE POMÉS

Prohibida la
reproducción

Mujeres ligeras

Argumento de la película

I

Una fiesta en una azotea. Nueva York. Veinticinco pisos más abajo está la calle. Música de jazz-band. Se falta a la ley seca y no se respeta mucho la moral.

Entre todos los asistentes a la fiesta sólo una muestra de aburrimiento. Es Jerry Strong, el hijo del millonario.

La noche está espléndida. Un cielo despejado, de un azul tan profundo que parece negro, y acibillado de estrellas.

—¡Lástima de noche!—dice Jerry levantando la vista al cielo.

Pero en seguida rectifica:

—¿Por qué "lástima"? ¿Por qué no la he de aprovechar?

Mira a su alrededor. Todos están absortos en su flirt, en sus tratos con la bebida o en sus bailes que no son más que una excusa para es- trujar obscenamente a la pareja.

Le será fácil escapar sin ser visto.

En efecto, se desliza disimuladamente al guardarropa, recoge el abrigo y el sombrero y gana el ascensor.

Su magnífico automóvil está cerca de la casa. Jerry es un perfecto conductor. Un cuarto de hora después, se encuentra en el campo, bajo el cielo abierto, entre la vegetación satinada por el rocío.

Así se aprovecha una noche primaveral.

De pronto, oye un grito. No es de dolor, no es de miedo. Es simplemente una llamada. Proviene del río que se desliza por el fondo del valle. Jerry detiene el auto y, en seguida, ve aparecer ante su mirada atónita una joven vestida con elegancia un tanto sospechosa, y tan bella, que se pregunta si estará soñando y aquella mujer será una visión de su sueño.

Pero no. La muchacha se acerca a él; le habla...

Entre sus labios, saturados de carmín, ha brillado, con destellos de nácar, un rosario de dientes menudos y apretados. Su piel es de raso bajo el resplandor lunar. Los ojos, protegidos por la cortina de oro de las pestañas, se pronon-

gan hacia las sienes. El óvalo de la cara es de una perfección virginal. El cabello, ondulado y brillante, parece de seda.

No lleva abrigo y bajo el cuerpo casi transparente del vestido de *soiree* se insinúa la maravilla del seno breve y pujante.

—¿Qué hace usted por aquí a estas horas y tan solitaria?

—Iba en un auto con unos amigos y me han dejado junto al río por divertirse.

—¡Pues vaya una bromita!

—Creí que iba usted hacia la ciudad, pero ya veo que lleva dirección contraria.

—Mi paseo ha terminado ya. En este momento iba a virar en redondo para emprender el regreso.

—Entonces...

—Entonces la llevaré a la ciudad. A pie no llegaría usted en toda la noche. Suba.

Y abre la portezuela posterior.

Pero ella la vuelve a cerrar y sube al *baquet*, sentándose al lado de Jerry.

—Si usted me lo permite, le haré compañía —dice amablemente.

—Encantado.

Arranca el coche. La muchacha se ha acercado a Jerry hasta establecer el contacto entre los dos cuerpos, de modo que el conductor puede notar un estremecimiento de la viajera.

—¿Tiene usted frío? —le pregunta.

—Un poco.

Jerry se quita el abrigo y lo echa sobre los hombros de la joven, que le sonríe agradecida.

Como Strong está ocupado en poner de nuevo en marcha el coche, ella puede, sin ser vista averiguar qué objeto es el que está en contacto con su codo. Una cartera que ocupa el bolsillo interior del abrigo. La cartera de Jerry. No tiene más que abrirla y dirigirle una rápida mirada para comprobar que está repleta de billetes.

¡Feliz encuentro! Es cosa de aprovecharlo haciendo amistad con el dueño de la cartera.

—Me parece recordar su rostro—dice.

—Soy Jerry Strong.

—¡Strong! ¡Ya decía yo! ¡Quién no conoce su apellido! Yo me llamo Kay Arnold. Estoy segura de que a su padre no le gustaría verle a solas conmigo en estos solitarios parajes.

—Tengo absoluta independencia. Mi padre y yo nos queremos mucho, pero tenemos gustos diferentes. El tiene la pasión de los negocios. A mí no me importa nada en el mundo fuera de la pintura.

—¿Es usted pintor?

—Sí.

—Su padre sentirá mucho que no haya seguido usted su camino.

—En efecto, pero ya se ha acostumbrado a la idea de tener un hijo artista.

Una pausa.

—Estoy muy cansada—dice después Kay—.

¿Me permite usted que apoye la cabeza en su hombro?

—Sí.

Kay apoya la cabeza en el hombro de Jerry y, poco a poco, va quedándose dormida.

II

Ya había desayunado Lydia y todavía estaba durmiendo Kay. Tuvo que despertarla tres o cuatro veces para que Kay se decidiera a levantarse.

—¡Vaya una cara!—le dijo al verla entrar en el comedor—. ¿A qué hora viniste anoche?

—No sé. Muy tarde.

—Muy tarde debía de ser porque yo regresé del cabaret a las dos y me dormí antes de que tú entraras.

—Pero no perdí el tiempo.

Y le contó todo lo sucedido hasta su encuentro con Jerry Strong.

Lydia estaba entusiasmada.

—¡Jerry Strong! ¡El hijo del millonario! ¿Crees que le impresionaste?

—Sólo sé que me quedé dormida con la cabeza apoyada sobre su hombro y que, cuando desperté, me miraba con absorta fijeza. Me dejó en la puerta de casa y me invitó a ir esta ma-

ñana a su estudio. Quiere que le sirva de modelo para un cuadro.

—¡Estupendo! Si lo tratas bien Jerry es tuyo.
¿A qué hora te citó?

—A las once.

Lydia consultó el reloj.

—¡Las diez y media! ¡Se te va a hacer tarde!
¡Corre a arreglarte! ¡Yo te ayudaré! Como pierdas esta ocasión dejo de ser tu amiga.

Y, gracias a la actividad de Lydia, pudo Kay estar en el estudio de Jerry a las once.

El pintor empezó a trabajar en seguida, pero una visita inoportuna le interrumpió.

Eran Standish y miss Collins, una pareja de *snobs* que, aunque raramente se separaba, no estaba unida más que por una cordial camaradería. El era un "húmedo" empedernido. Ella, una pintora superrealista que obtenía la gloria y el dinero a montones.

—¿Qué se hizo de ti, anoche, Jerry?—preguntó Standish—. Desapareciste como por encanto.

—Estos días tengo demasiado trabajo para perder el tiempo en vuestras bacanales.

—Ya veo que has encontrado un magnífico cuadro—dijo miss Collins por Kay.

—En efecto, creo que miss Strong se presta a hacer algo bueno.

—¡Ya lo creo!—convino Standish, que no quitaba ojo a la modelo—. Se presta a hacer cosas deliciosas.

—¡Cuidado con lo que se habla, viejo verdé!

—Paso por lo de verde, pero protesto de lo otro. ¿Desde cuándo es vieja una persona a los treinta y seis años?

Miss Collins se las arregló de modo que hizo sentar a Jerry a su lado, en un sofá, y Standish aprovechó la ocasión para conversar con la deliciosa modelo.

Pero Kay apenas prestaba atención al "verde y húmedo" caballero. Estaba pendiente de lo que ocurría en el sofá entre Jerry y la pintora. Ella le dirigía sonrisas y miradas en extremo significativas. Era evidente que estaba enamorada o encaprichada de él.

Sin saber por qué, detestó desde aquel momento a miss Collins y se alegró mucho cuando Jerry, con muy buenas palabras, despidió a sus amigos.

Continuaron el interrumpido trabajo.

—Me parece que miss Collins quiere cazarle—dijo Kay.

—Eso no le incumbe a usted, señorita. Límitese a moverse lo menos posible.

Kay estaba un poco sorprendida. El mismo tono desabrido y autoritario venía empleando Jerry desde que comenzara a servirle de modelo. Por lo visto sólo como eso, como modelo para su obra le importaba. ¡Menuda desilusión iba a sufrir Lydia cuando lo supiera! Ella no estaba desilusionada, sino asombrada. Era la primera vez que había pasado varias horas a solas

con un hombre sin que éste se rindiera al influjo de su hermosura. Y precisamente le sucedía esto con el hombre más interesante que había conocido.

Este estado de cosas continuó en las sesiones sucesivas, para desesperación de Kay que no había ido allí precisamente para permanecer horas y horas inmóvil delante de aquel impenetrable rostro. ¡Pues bonito negocio estaba haciendo!

—¿Cuándo va a terminar esto? — preguntó Kay un día.

—No sé. Cuando falta la inspiración la mano no corre. Pero usted no tema, que no perderá nada. ¿Quiere usted dinero? ¿Cuánto? Le daré lo que pida.

Aquella nueva prueba de desdén, acabó de herir a Kay en su orgullo femenino.

—No se trata de dinero. Ustedes, los ricos, creen que todos los problemas pueden solucionarse con cheques. Es, sencillamente, que me extraña, que usted mostrara tanto interés en que viniera a servirle de modelo, aun viendo que no era capaz de despertar su inspiración.

—Creí ver todo lo contrario. Al contemplar su rostro cuando usted se durmió sobre mi hombro, me sentí subyugado por su expresión que parecía el de un ser de otro mundo más puro que esta pobre Tierra.

—Pero ahora está usted convencido de que se equivocó, ¿verdad?

—Francamente, sí. Ahora no veo en su rostro sino belleza humana que me habría sido fácil encontrar con sólo publicar un anuncio en los periódicos.

—Entonces, lo mejor será que no vuelva por aquí—repuso Kay despechada.

—Como usted quiera. Pero, por mí, puede usted seguir viniendo. Confío en que mi voluntad sabrá vencer el error que sufrí.

Al día siguiente Kay, a pesar de que se sentía profundamente ofendida por las palabras desdenosas de Jerry, volvió al estudio.

III

En vez de Jerry, fué Standish el que le abrió la puerta.

—¡Hola, preciosidad! — la saludó el caba-
llero.

—¿No está el señor Strong?

—Salió a comprar unos colores. Ha dicho que le espere usted. ¿Le sabe mal tener que soportar mi compañía durante unos minutos?

—Nada de eso. Estoy encantada—repuso Kay realmente halagada al sentirse adorada como antes de aceptar la proposición de Jerry.

—Veo que es usted una muchacha razonable.

Lo que no comprendo es como tiene paciencia para soportar a este funeral de Jerry. Una mujercita tan linda y alegre como usted tiene derecho a gozar de la vida.

—¡Bah! A veces hace falta descansar.

—Pero ya ha descansado usted bastante tiempo... Le voy a hacer una proposición. ¿Usted ha estado en la Habana?

—No, señor.

—¿Le gustaría conocer ese país?

—Sí. He oído decir que es maravilloso.

—Una delicia. Allí se puede beber a la vista de todo el mundo. Pues bien, la invito a acompañarme. Dentro de unos días partiré para la capital de Cuba. Si usted acepta, le aseguro que no le pesará. Durante un mes le compraré todo lo que me pida, sin hacer el menor comentario.

—Es una oferta tentadora. Déme unos días para pensarlo.

Pero se tuvo que volver de espaldas a Standish, para no soltar la carcajada ante la expresión de fauno que había adquirido aquel rostro en el que una vida intensa había impreso ya las primeras huellas del agotamiento físico.

Entró Jerry y mientras preparaba los colores en la repisa del caballete, Standish, que ya no tenía ningún interés en permanecer allí, se despidió de él y de Kay.

Jerry le contempló con alguna hostilidad.

Después Standish se acercó a Kay, que se arre-

gaba el cabello ante el tocador, y le dijo, en voz baja, mientras le estrechaba la mano:

—No olvide usted mi proposición. Esperaré pacientemente. Si se decide, telefonéeme.

* * *

Como en todas las sesiones anteriores, aquella tarde la mano de Jerry se movió con torpeza y en su espíritu faltó ese calor de entusiasmo que hace brotar la inspiración.

En vano luchó con su propia desgana durante más de dos horas. Sólo consiguió que Kay sintiera un insoportable dolor en el cuello a fuerza de tener la cabeza levantada, en actitud que quería ser mística y resultaba también tediosa, pues no otra cosa podía experimentar en aquel ambiente empapado de indiferencia.

—¡Qué atrocidad! No puedo seguir posando. Tengo el cuello que no sé de quién es.

—Lo comprendo—repuso Jerry dejando la paleta—. Descansaremos.

Y salió a la azotea.

No tuvo la delicadeza de invitarla a que descansara en su compañía. ¿Sería un olvido? Por si acaso, Kay esperó en el estudio durante un buen rato, Jerry no la llamaba. No, no había sido un olvido. Era sincera indiferencia por su modelo. Pero ¿no podía ser también premeditación? ¿No podía ser empeño en mantenerse dis-

tanciado de ella en aquel instante en que el pintor y la modelo habrían desaparecido para quedar tan sólo el hombre y la mujer?

"Preferiría que fuera esto último", se dijo Kay.



Le contempló con alguna hostilidad.

Y añadió:

"Pero si es, le van a salir mal las cuentas."

Y salió a la terraza y se sentó delante de Jerry, que ocupaba una hamaca y contemplaba el cielo mientras arrancaba nubes de humo a su pipa.

Era ya de noche y el cielo estaba cubierto por una tupida malla de estrellas. La atmósfera, in-

móvil y transparente, sin una brisa que la perturbara, no ofrecía resistencia al fulgor estelar, que la perforaba con vivos destellos.

Abajo, la ciudad parecía otro cielo inmenso en el que, en vez de estrellas, había luces del alumbrado público y de los miles de hogares de los rascacielos.

Era una de esas noches en que es imposible dejar de amar la vida y en que hasta la tristeza es como una caricia para el alma.

—¡Hermosa noche!—no pudo Kay menos de decir en tono soñador.

Y Jerry, embriagado también por la poesía del ambiente, repuso:

—Sí, parece una noche de Arizona.

—¿Són más bellas que ésta las noches de Arizona?—inquirió Kay animada y conmovida por aquella respuesta amable.

—Las noches de Arizona son algo que no puede olvidar el que las ha contemplado. El paisaje rocoso, imponente, bañado por la luna, constituye un cuadro único que ningún pintor podría plasmar en un cuadro.

Un fuego de entusiasmo había desplazado de sus ojos la nube de indiferencia que antes los velaba.

—Se ve que es usted un enamorado de la naturaleza—dijo Kay.

—Sí, pero, principalmente, de Arizona, que es mi patria chica, mejor dicho, mi patria in-

mensa, pues todo allí, llanuras, montañas, horizontes, producen una impresión de infinito.

Olvidó Kay todos los rencores que en su alma se habían ido almacenando contra aquel hombre, en venganza por su actitud hostil para con ella. Se sintió poderosamente atraída hacia él. Antes le parecía un hombre interesante, el más interesante que había conocido. Ahora veía en él un ser adorable hasta la veneración.

Los ojos de él se habían dignado fijarse en los de ella y les transmitieron aquel ardor y aquella emoción que fulguraban en los del artista.

Se estremeció. Su alma, en un sueño de infinito, se asomó a su rostro que, alzándose al cielo movió apenas los labios para suspirar:

—¡Qué hermosa me parece la vida esta noche!

De pronto, oyó una exclamación triunfal de Jerry.

—¡Así! ¡No se mueva! Esa es la expresión que yo buscaba. ¡Oh, venga usted, Kay! ¡Será un cuadro magnífico!

La cogió de las manos y la condujo al estudio. La colocó en la actitud que acababa de adoptar en la azotea y le pidió que mantuviera aquella expresión incomparable.

No fué cosa difícil para Kay. Hablándole Jerry como le estaba hablando su semblante no podría menos de reflejar aquella emoción dulcísima.

Jerry comenzó a trabajar fervorosamente, absorto en su inspiración desbordante.

Y, cuando se dieron cuenta, era ya más de media noche y el cuadro estaba casi terminado.

IV

Había rendido el cansancio a Kay. De no correr Jerry a sostenerla, habría caído.

La condujo el pintor a un sillón que estaba cerca del estrado y le hizo beber un poco de agua.

Kay, que casi había perdido el conocimiento, se reanimó.

—Perdóneme—dijo Jerry—. Estaba ciego de entusiasmo. No he podido pensar que lleva usted más de doce horas sin tomar nada. Espere un momento. Le prepararé algo caliente.

—¡No, no! Muchas gracias. Es sueño lo que tengo. Me iré a casa a dormir y mañana volveré como si nada hubiera ocurrido.

—Es demasiado tarde para que se vaya usted—replicó Jerry mirando el reloj—. Se ha de quedar aquí.

—¿Dónde?—preguntó Kay con asombro, pues sabía que en la casa sólo había una habitación.

—Usted se acostará en mi cama. Yo me arreglaré ahí como pueda.

Y señalaba una chaise-longue que había junto a la ventana del estudio.

—¡De ningún modo! — protestó Kay—. Yo dormiré aquí y usted en su cuarto.



—Es demasiado tarde para que se vaya usted.

En seguida procedió Jerry a improvisarle una cama en la chaise-longue, con sábanas, mantas y edredones.

Cuando se quedó sola, Kay apagó la luz y al resplandor lunar que penetraba a través de los cristales de la ventana, comenzó a desnudarse.

Estaba rendida, tanto de cansancio como a causa de las emociones recibidas durante aquella sesión que no olvidaría jamás.

Una dulce alegría que jamás había sentido la dominaba haciéndola temblar de placer.

Ya estaba acostada y rememorando los faustos sucesos de la jornada cuando oyó pasos cerca de la puerta. Cerró los ojos, fingiéndose dormida. La puerta se abrió silenciosamente y entró Jerry. Kay no lo podía ver pero lo sentía. Llegó junto a ella, estuvo un momento contemplándola, le arregló solícitamente el embozo y se fué.

Y Kay se quedó dormida. Sentíase como mecida por su propia felicidad.

* * *

Al día siguiente, al levantarse Jerry, quedó muy sorprendido viendo que la mesa estaba puesta y que de la cocina salía Kay con una bandeja en la que humeaba el té del desayuno.

—¿Por qué ha hecho eso? Habrá tenido que levantarse muy temprano.

—De algún modo tenía que pagarle lo que está usted haciendo por mí.

—No creo haber hecho nada que merezca su gratitud—exclamó Jerry sinceramente sorprendido.

—Yo creo que sí, señor Strong—repuso Kay misteriosamente.

Y el desayuno transcurrió en la mayor cordialidad.

* * *

Ya estaba Kay arreglándose para posar por última vez ante Jerry cuando la puerta se abrió y penetró el señor Strong, padre del pintor, que era famoso por sus millones.

Con semblante severo y voz solemne, manifestó a su hijo:

—Querido Jerry, sé que te encuentras en peligro y quiero hacer todo lo posible por salvarte.

Jerry le miró con extrañeza.

—¿Qué peligro es ese?

—Una mujer que se ha introducido en esta casa con el propósito de no volver a salir.

Jerry comenzó a comprender.

—Sin duda te refieres a mi nueva modelo.

—Sí.

—¿Qué tienes que reprocharle?

—Todo su pasado merece duros reproches, pero a mí sólo me incumbe el presente, porque es ahora cuando dirige sus armas contra ti. ¿No comprendes que esa mujer quiere llevarse tu dinero y tu dignidad?

Jerry contestó secamente:

—Estoy seguro de que esa mujer no quiere

mi dinero ni puede causar a mi dignidad ningún perjuicio.

—¡Estás ciego, Jerry! Has caído ya en el lazo. Pero yo he cumplido con mi deber, avisándote.

En este momento se abrieron las cortinas del cuarto-tocador y apareció Kay, pálida y vacilante.

—Quiero defenderme de los ataques de su padre, señor Strong—dijo haciendo un visible esfuerzo—. Es verdad que vine aquí, señor, atraída por la riqueza de su hijo, pero no es menos cierto que, junto a él he aprendido a despreciar el dinero.

—Conozco su pasado, señorita—repuso el millonario con despreciativa brevedad.

—En efecto, señor, mi pasado ha sido en apariencia bastante turbio. Pero sólo en apariencia. Bien es verdad que para ustedes tiene más importancia lo que parece que lo que es.

—¡Basta!—dijo el pintor—. Estoy acostumbrado a mirar siempre hacia adelante: nunca hacia atrás. No me importa el pasado de nadie: me importa el presente y el futuro. Agradezco mucho tu buena intención, papá, pero siento decirte que tu posición en este asunto será inútil.

—Perfectamente—repuso el millonario—. Tú sabrás quién te conviene más: si esa mujer o tus padres.

Y se fué sin añadir una sola palabra.

Kay lloraba silenciosamente.

—No comprendo su aflicción, amiga mía—di-

jo Jerry acercándose a ella y apartándole las manos del rostro cariñosamente.

—Su padre tiene razón—gimió Kay—. La gente murmura de usted. No puedo volver a esta casa.

Jerry sonrió.

—Yo le perdono a mi padre su ceguedad. En cuanto a los temores de usted, he aquí mi respuesta.

Y la atrajo hacia su pecho y le besó los ojos y los labios.

Ella creyó enloquecer de felicidad.

—¡Oh, Jerry, cuánto te amo!

—Yo también, Kay. Ya es hora de que lo sepas. Lo he estado ocultando desde el primer día que viniste al estudio. Lo hacía para probarte. Ahora ya sé cómo eres. Por eso te pregunto: “¿Quieres ser mi esposa?”

Ella lloraba de alegría.

—¡Oh, Jerry! ¿Cómo no he de querer?

—Nos casaremos en Arizona. Hoy mismo partiremos. Esta tarde, a las tres iré a buscarte. Tenlo todo preparado. Quiero que sea esa tierra amada el marco de nuestra felicidad. Anda, ve a arreglar tus cosas, mientras yo preparo las mías.

V

Era la una cuando Kay llegó a su casa. Fué asombrosa la rapidez con que se desarrollaron los últimos sucesos.

La madre de Jerry, enterada del resultado que había tenido la visita de su esposo, se enteró de dónde vivía Kay y se dirigió a su domicilio.

La recibió Lydia. Kay no había llegado aún pero no podía tardar. Si se trataba de algún recado que pudiera dejárselo a ella... Pero su curiosidad se estrelló contra la discreción de la dama. Quería decirle a Kay algo que sólo ella podía oír.

Y repitió estas mismas palabras cuando llegó la modelo de su hijo.

Kay, presintiendo lo que aquella mujer, que ya había declarado su nombre, iba a pedirle, tuvo que sobreponerse a una profunda inquietud para suplicar a Lydia que se retirara.

Lo hizo ésta muy a pesar suyo, pero se consoló al advertir que desde su habitación, aplicando el oído a la cerradura, se oía la conversación bastante bien.

La madre de Jerry fué más astuta que el padre, y, en vez de duros reproches, empleó el llanto y la súplica. Si ella amaba de veras a Jerry, debía comprender el perjuicio que casándose con él le haría. Su padre estaba dispuesto a desheredarle. La gente acabaría de hundirle con sus críticas. Se vería aislado en una pobreza que nunca había conocido. Todo eso era injusto, lo reconocía, porque no dudaba de la bondad de ella, de Kay, pero había que doblegarse ante las crueldades de las apariencias.

Kay estaba anonadada. Aquellas palabras habían ido certeramente contra su corazón tan lleno de aquel amor único y purísimo que por primera vez sentía.

—Cierto, cierto—murmuró como si hablara consigo misma—. Si yo amo a Jerry he de sacrificarme. Y como le amo con toda mi alma... Certo, cierto...

La señora de Strong la abrazó conmovida.

—¿Me promete usted salvarle? ¿Me promete no volverle a ver?

—Claro, claro—balbuceó Kay, enloquecida—. He de hacerlo. Todo por él, ¡todo por mi querido Jerry!

Y cayó sollozando en una butaca.

—Gracias, hija mía. Dios se lo pague.

Después de pronunciar estas palabras, la señora de Strong se fué y Lydia salió de su habitación, preparada para marcharse.

—Como yo sepa que haces lo que te propones,

te pongo la cara como un tomate. ¿No le amas? ¿No te ama él a ti? Es con él con quien te has de casar y no con su familia.

—¡Déjame, Lydia, déjame!

—Sí, te dejo porque no tengo más remedio que



—Déjame, Lydia, déjame.

salir, pero volveré pronto para impedir que cometas tamaña locura.

Se fué. Kay se quedó a solas con su dolor. Unos momentos de lucha y, por fin, obedeciendo a una repentina inspiración, se dirigió al teléfono y comunicó con el domicilio de Standish.

Estaba éste en casa. Kay no perdió el tiempo en preámbulos. Ya había decidido sobre su proposición. Se marchaba con él a la Habana. Pero había de ser en seguida.

—Precisamente sale un vapor dentro de hora y media. Voy por los billetes y en seguida soy con usted. Baje cuando oiga sonar el claxon.

—Sí, sí; venga en seguida—repuso Kay.

Comenzó inmediatamente a arreglar las cosas, y cuando ya comenzaba a impacientarse por la tardanza de Standish apareció Jerry.

Se estremeció Kay.

—¿Por qué has venido tan pronto?

—No he tenido paciencia para esperar más tiempo. Iremos juntos a tomar los billetes.

—No, Jerry. Ve tú. Estando juntos no haríamos nada. Podríamos perder el tren.

E insistió hasta convencerlo. Sonreía mientras mantuvo abierta la puerta, pero, al cerrarla, lloró como nunca había llorado, al mismo tiempo que murmuraba:

—No le volveré a ver... no le volveré a ver...

Llegó por fin Standish, y Kay se lanzó velozmente escaleras abajo, mal puesto el sombrero y mal cerrado el maletín.

—¡Pronto, Standish! No debemos perder el vapor.

Standish comprendió aquel nerviosismo. Era muy grande la jugarreta que aquella muchacha había hecho a Jerry y muy importante para ella la aventura que emprendía.

Llegaron al buque. Un empleado los condujo al camarote donde tomaron unas copas. Soberbio, de primera de lujo. Una magnífica cama matrimonial.

—Vamos a ver zarpar al buque, Kay.

—No. Vaya usted. Estoy un poco mareada. Le ruego me permita descansar un poco.

—Como usted guste, Kay. Yo sólo quiero lo que usted quiera.

El buque comenzó a moverse. Dejó Kay pasar algún tiempo. Después se levantó, salió sigilosamente del camarote, buscó un lugar solitario en la cubierta y se arrojó al mar.

Antes de hundirse oyó que una voz gritaba:

—¡Cuerpo al agua!

* * *

Al regresar a casa vió Lydia desde lejos como Kay subía a un auto ayudada por Standish, y como Kay le había hablado de la proposición que éste le hiciera, lo comprendió todo en seguida.

El auto partió inmediatamente. Fueron inútiles los gritos de Lydia, que después de vacilar un momento tomó un taxi y dió las señas del pintor.

Supo por el portero que estaba allí casualmente. Se le ha olvidado una cosa y ha venido

a recogerla. Ya se había despedido, pues se va de viaje.

—He de verlo inmediatamente—exclamó Lydia.

Y al ver que el ascensor comenzaba entonces a subir utilizó la escalera. ¡Veinte pisos! Varias veces cayó rendida, pero volvió a levantarse al comprender que no llegar a tiempo representaba la perdición de Kay.

Llegó cuando Jerry iba a entrar en el ascensor. Sólo le quedaron fuerzas para llamarle y decirle que Kay había embarcado para la Habana en el último vapor.

* * *

Una clínica en el puerto más próximo a Nueva York. Tendida en una cama está Kay sin sentido. Sentado en el borde del lecho se halla Jerry.

Kay abre los ojos. Dirige a su alrededor una mirada de extrañeza. Por fin recuerda, comprende y exclama:

—¿Tú aquí, Jerry?

—Sí, Kay, y esta vez no te escaparás.

Le contó todo lo ocurrido. Al saber por Lydia que se había embarcado para la Habana, fué en auto al primer puerto donde tenía que hacer escala el vapor y así pudo enterarse de su intento

de suicidio y de que, afortunadamente, habían llegado a tiempo para salvarla.

—No has debido venir, Jerry.

—Fuiste tú la que no debiste venir. Pero eso no importa ahora. Ahora sólo debemos pensar



—¿Tú aquí, Jerry?

en que mañana nos casaremos y partiremos inmediatamente para Arizona.

Kay protestó, pero tan débilmente, que la protesta fué ahogada sin dificultad por un beso de Jerry.

Y al mismo tiempo, Kay se sintió encadenada

por los brazos del amado y comprendió que aquella dulcísima cadena la tendría aprisionada hasta la eternidad.

FIN

Próximo número:

Romance agreste

por George O'Brien

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Ediciones especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

Formidable éxito de

Ladrón de amor

(con todas las canciones)

Molly (la gran parada)

Asunto conmovedor, dialogado en español

y **ya se ha puesto a la venta** la más emocionante novela publicada hasta la fecha

EL VALIENTE

por JUAN TORENA (protagonista **Del mismo barro**)

Asunto totalmente hablado en español
Edición extraordinaria

Muy en breve:

¡De frente... marchen!

¡No deje de adquirirla!

Acaba de aparecer la tercera edición de

El precio de un beso

y la cuarta edición de

Del mismo barro

Muy en breve

Ladrón de amor

(Segunda edición)

Biografía novelada

del ídolo de la pantalla sonora

José Mojica

(Quinta edición),

y

Colección de 6 postales

de

JOSÉ MOJICA

(agotada la primera edición, ha sido
puesta hoy a la venta la segunda)

¡El éxito del año!

2

Ediciones BISTAGNE



Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléf. 18551. - BARCELONA